

EL TERREMOTO, UNA NUEVA OPORTUNIDAD

El terremoto del 10 de octubre es en sí mismo una gran calamidad que se viene a añadir a la mucha mayor calamidad del megaterremoto de la guerra y del conflicto social, que agobia a la mayor parte de la población, especialmente desde 1980. Ese megaterremoto continuado ~~ha~~ causado, sigue causando y seguirá causando muchos mayores daños que el sismo recientemente ocurrido. Por eso sin olvidar el reacomodar los planteamientos en razón de la nueva desgracia, importa no separarlos de la desgracia mayor. Lo urgente no debe hacer olvidar lo permanente y el enfrentamiento de los males del terremoto no puede enfocarse como una nueva dosis de opio con la que adormecer la conciencia nacional.

Ya está pasando la hora de las medidas de emergencia, y empieza a sonar la hora de la reconstrucción. La hora de la emergencia ha demostrado muchas cosas buenas: ante todo, la grandeza de ánimo de las mayorías populares más afectadas, porque les ha afectado la desgracia en lo poco que les quedaba, para tratar de seguir en pie y de ayudar en lo posible a los demás. En segundo lugar, la respuesta valiente y emocionada de miles de salvadoreños, que no se vieron directamente afectados por el sismo y que se dedicaron a ayudar personalmente a quienes sufrían más, siendo de resaltar que los más desinteresados y esforzados fueron por lo general los más jóvenes. En tercer lugar, ~~la~~ prontitud de distintas instituciones, que sin pretender dividendos políticos y mucho menos ventajas económicas se pusieron al servicio de los más pobres, como es el caso de las iglesias, universidades, colegios y otras instituciones sociales. Tampoco cabe olvidar la pronta ayuda de



El terremoto, nueva oportunidad... 2

distintos países sea por vía gubernamental sea por vía no gubernamental, que sin ser excesiva fue de gran utilidad.

La hora de la emergencia ha demostrado también cosas malas. Ante todo ha descubierto la enorme precariedad y/o la falta de responsabilidad -empresarial y gubernamental- con que se edifica en un país, del que se sabe cuán proclive es a desastres sísmicos. Asimismo se ha demostrado la incapacidad de un gobierno para enfrentar inmediatamente emergencias nacionales, punto fácil de deducir dada su incapacidad para enfrentar males más permanentes y/o previsibles. Igualmente se ha visto que hay recursos para la guerra y la destrucción, hay planes bien estructurados para enfrentarse al FMLN, pero no hay estructura, organización ni recursos para resolver los grandes problemas nacionales; una vez más ha aparecido cómo para el gobierno no lo principal es la guerra y no la reconstrucción o el desarrollo del país. La cacareada capacidad de gestión de la empresa privada, incluso para solventar sencillos problemas de distribución ha quedado en entredicho. La función social de la Fuerza Armada, a diferencia de lo que ocurre en otros países en circunstancias catastróficas, ha dejado mucho que desear, pues se ha concentrado casi exclusivamente en tareas de vigilancia y de guerra y sólo tardíamente y parcialmente en tareas de ayuda, al darse cuenta de la mala imagen que estaba dando, no obstante que el FMLN había ofrecido una tregua que hubiera facilitado mucho las cosas.

Pasada la hora de la emergencia como preocupación principal y asumidas las lecciones de lo ocurrido en ella, lo importante



El terremoto, una nueva oportunidad...3

ahora es aceptar este nuevo desafío como una nueva oportunidad para avanzar en la solución de los problemas profundos del país y especialmente en el doble problema, tan relacionado entre sí, de la guerra y de la reconstrucción. Es claro que un país en guerra no está en capacidad de enfrentar la reconstrucción, no ya de los daños del terremoto, cuanto menos de los daños de la guerra, que siguen multiplicándose porque el megaterremoto no ha cesado de seguir castigando al pueblo salvadoreño.

Si esto es así, hay que replantear el problema de la paz por el camino de la negociación parcial o total de soluciones políticas. Pero hay también que replantear el presupuesto nacional de guerra en términos de un presupuesto de reconstrucción. Si no se pueden disminuir los daños de la guerra por la vía de la negociación, hay que disminuir los efectos de la guerra por la vía de dedicar menos dinero a la defensa del régimen y de los intereses norteamericanos y mucho más dinero a la satisfacción de las necesidades básicas del país, hoy puestas otra vez de manifiesto por el terremoto. Hay que hacer una nueva política de reconstrucción muy distinta de la propuesta en "Unidos para reconstruir" que es fundamentalmente una estrategia de guerra y no de reconstrucción. El daño del microterremoto sólo afecta directamente a San Salvador y a parte del área metropolitana, pero en ella afecta a los desplazados y a los marginados que la guerra había arrojado sobre la capital. Pues en los ojos en el megaterremoto se ve cuán necesario es que la población vuelva a su lugar de origen, asegurados en él su vida, su trabajo, sus necesidades básicas.

Ojalá no quede perdida esta nueva oportunidad de encontrar la paz. Tan gran dolor así lo exige.

